

Históricas Digital

María Teresa Suárez Molina

“Los mercados de la ciudad de México y sus pinturas”

p. 435-458

Caminos y mercados de México

Janet Long Towell y Amalia Attolini Lecón
(coordinadoras)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas,

Instituto Nacional de Antropología e Historia.

2009

690 p.

(Serie Historia General, 23)

Ilustraciones, mapas

ISBN 978-607-02-0660-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 diciembre 2011

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/caminosymercados/mercados.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

LOS MERCADOS DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y SUS PINTURAS

MARÍA TERESA SUÁREZ MOLINA

Instituto Nacional de Bellas Artes

Centro Nacional de Investigación,

Documentación e Información de Artes Plásticas

Los grandes lienzos novohispanos que representan la Plaza Mayor de México constituyen para los historiadores un testimonio privilegiado para conocer la vida cotidiana de la gran ciudad. En el centro de la Plaza, delimitada por la Catedral y el Ayuntamiento, destaca la construcción de mampostería del mercado del Parián, además de una extensión similar ocupada por cajones de madera que invaden incluso los espacios de la fuente y de la horca.

Conocer los avatares de estas construcciones y adentrarnos en esta serie de pinturas, como si pudiéramos transitar por sus rincones, constituyen un punto de partida excepcional para acercarnos a múltiples aspectos de la ciudad. Como antecedente habría que recordar cómo a los ojos de los cronistas los mercados indígenas fueron espacios dignos de una atención especial. Existen cuidadosas descripciones, por ejemplo, en la segunda *Carta de Relación* de Hernán Cortés, en la *Relación* del Conquistador Anónimo, en las obras de Bernal Díaz del Castillo, Motolinía, Diego Durán, Francisco Hernández y fray Bernardino de Sahagún. En estos textos es evidente su asombro ante las nuevas especies de animales y vegetales, las artesanías, los hábitos alimenticios, y todo ello reunido en un solo y monumental espacio.

Antecedentes prehispánicos

Si bien el islote en el que se asentó originalmente México-Tenochtitlan proveía a la población de alimentos para cubrir sus necesidades primarias—caza de aves acuáticas y recolección y pesca de productos de la laguna— sus habitantes debían resolver sus necesidades de habitación y vestido. La ausencia de piedra, madera y otros materiales para la edificación movió a los aztecas a buscar un contacto de tipo comercial con los pobladores de tierra firme. Según fray Diego Durán “salían en nombre de

cazadores de aves y pescadores y trocaban aquellas cazas y pescas por madera de morillos y tablillas, leña y cal y piedras [...]”.¹

En el momento del apogeo de México-Tenochtitlan, entre 1428 y 1521, los agricultores mexicas lograron una economía autosuficiente: “Su casa, hecha de barro, estaba construida por ellos o con la ayuda de amistades o parientes; su principal instrumento de labranza, la coa, era fabricada también por ellos, así como el metate para moler maíz; los instrumentos para hilar y las prendas de vestir eran confeccionadas por sus mujeres con fibras de maguey y también elaboraban sin dificultad vasijas sencillas.”²

El comercio se realizaba entre México-Tenochtitlan y el golfo de México o el océano Pacífico. Los *pochtecas* (quienes constituían una clase especial) organizaban y dirigían las caravanas de cargadores de la ciudad a las costas; allí vendían los productos manufacturados por los artesanos como las telas, mantas de piel de conejo, vestidos de lujo, joyas de oro, orejeras de obsidiana y de cobre, cuchillos de obsidiana, tintura de cochinilla, hierbas medicinales o para hacer perfumes. Como intercambio traían artículos exóticos: el *chalchihuitl* (jade verde y transparente), esmeraldas, plumas de quetzal, caracoles marinos, conchas de tortuga, pieles de jaguar y de puma, ámbar, plumas de papagayo y de otras aves. Su comercio consistía, entonces, en la exportación de objetos manufacturados a cambio de artículos de lujo, pero el volumen de estos artículos era mínimo comparado con lo que se obtenía gracias al tributo que recibían los mexicas de las poblaciones que tenían sometidas y que se localizaban en un amplio territorio.

A medida que México-Tenochtitlan fue evolucionando como ciudad sus transacciones comerciales se hicieron más complejas. El grupo de los comerciantes o *pochtecas* comenzó a adquirir gran poder, ya que no solamente se dedicaban a comprar y vender artículos sino que también llevaban a cabo diversas formas de contratos y préstamos. Por otra parte, no eran los únicos que asistían al mercado. Una gran variedad de comerciantes lo poblaban y los objetos tenían señalados lugares fijos que no podían variar.

El mercado de Tlatelolco

Aunque en un principio el mercado de Tenochtitlan se situó en su plaza principal, al aumentar el número de provincias sometidas fue necesario trasladarse a un recinto de mayor tamaño y para ello fue elegido Tlatelolco. Este sitio tenía ya una amplia tradición de comercio y sus posibilidades de comunicación eran más ventajosas que las del centro de la

¹ Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, tomo I, cap. V, p. 42.

² Diego G. López Rosado, *Los mercados de la ciudad de México*, p. 14-15.

ciudad de México. Mucha de la carga llegaba por agua y Tlatelolco tenía acceso a varias acequias (algunas de ellas muy caudalosas) y al embarcadero de La Lagunilla.

Sabemos que el mercado se realizaba diariamente pero cada cinco días era de mayor tamaño, por eso se le llamaba *macuiltianquiztli* (de donde proviene el término todavía usual de tianguis). Con la llegada de los españoles, la temporalidad se fue ajustando al calendario cristiano y cambió a intervalos semanales. Según las crónicas del Conquistador Anónimo, este día se reunían entre 40 000 y 50 000 personas.

Son los mercados tan apetitosos y amables a esta nación —escribe Diego Durán— que acude a ellos en especial a las ferias señaladas, gran curso de gente como a todos es manifiesto. Paréceme que si a una india tianguera, hecha a cursar los mercados le dixen mira hoy es tianguis en tal parte, cuál escogerás mas aina irte desde aquí al cielo o ir al mercado sospecho que diría déjame primero ver el mercado que luego iré al cielo y se holgaría de perder aquel rato de gloria por ir al tianguiz y andarse por él paseando de aquí para allí sin utilidad ni provecho ninguno, sólo por dar satisfecho su apetito y golosina de ver el tianguiz.³

Los mercados en las crónicas

Las crónicas constituyen una guía privilegiada para visitar el mercado prehispánico y el que sería después el espacio comercial que, a lo largo del siglo XVI, integra los nuevos productos que han ido llegando de España. El asombro de sus autores es permanente, en primer lugar por el tamaño de las plazas y por la multitud que allí se reúne: “Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor; donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo.”⁴ Y Francisco Hernández, el protomédico de Felipe II, termina su descripción de los mercados diciendo: “No se puede decir cuántas y cuan varias cosas exponen a la venta; cuántos artífices están presentes; con cuánta cantidad de hombres hierven los mercados; con cuánta cura y diligencia los gobernadores mexicanos y los pretores tlatelulcenses y sus lictores y ministros, estén atentos a todo lo que tengan que reprimir”.⁵

Conocemos, por estos testimonios, muchos de los productos que allí se encontraban. El oro se vendía en su estado puro o trabajado de diversas maneras, lo mismo que la plata:

³ Durán, *op. cit.*, tomo II, cap. XCVIII.

⁴ Hernán Cortés, *Cartas de Relación de la Conquista de México*, Carta segunda, p. 99.

⁵ Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, capítulo XXVII, p. 115.

[...]platos hexagonales que tenían tres partes de oro alternadas con otras tantas de plata, adheridas unas a las otras pero no pegadas en manera alguna, sino fundidas, consolidadas y soldadas en la misma fusión [...] peces con una escama de oro y otra de plata; pericos que tenían la lengua, la cabeza y las alas movibles; monas con la cabeza y los pies flexibles y haciendo girar el huso como si estuvieran tejiendo [...]. Todo lo cual nuestros artifices no pudieron emular [...].⁶

Son estos los objetos que más sorprenden a los visitantes del mercado, así como los trabajos en plumaria. Se vendían las plumas sueltas de todos los colores y penachos ya confeccionados “[...] para adornar y coser en los vestidos que llevan a la guerra y en sus fiestas”,⁷ y venden también las pieles de los animales con su pluma, los picos y las uñas.

Los animales podían comprarse vivos o bien sus pieles y se clasificaban según sus especies: entre las aves destacaban las “gallinas de la tierra” que en realidad eran guajolotes (figura 1) y que así eran designados por los españoles, distinguiéndolas de las gallinas de Castilla, ejemplares desconocidos en Tenochtitlan, pero que al llegar se adaptaron y multiplicaron. Se vendían también pollos, perdices, codornices, palomas (traídas de España), multitud de pájaros, papagayos e incluso águilas, halcones y gavilanes.

Había también conejos, liebres, venados y los perros pequeños que criaban y castraban para ser comidos, los *xoloitzcuintli*. El protomédico Hernández se sorprende de todo lo que comen los indígenas: “¿Y de qué cosas no extraen comida para exponerla a la venta? Son raros los animales que perdona su paladar, puesto que se alimentan aun de serpientes venenosísimas, después de que les han cortado y desechado las cabezas y las colas; de perros, de topos, lirones, lombrices, piojos, ratones, musgo lacustre [...] y otras cosas de la clase de los animales y plantas hórridas y nefandas.”⁸

Otras calles estaban dedicadas a los herbolarios; en ellas se vendían raíces y plantas medicinales. Según Motolinía, a las yerbas les ponían el nombre de su remedio y así las llamaban medicina de la cabeza, del pecho, del sueño, etcétera. Había también casas de boticarios que vendían unguentos y emplastos. El pescado abundaba crudo y cocido, obtenido de la laguna y de los arroyos. Los cronistas mencionan también algunos panecillos realizados con el limo de la laguna, que ponían a secar y luego cortaban en trozos. Era un alimento con gran demanda entre los indígenas. A Bernal Díaz del Castillo le recordaba el sabor del queso y Motolinía en sus *Memoriales* describe cuidadosamente su factura.⁹

⁶ *Ibid.*, p. 114.

⁷ El Conquistador Anónimo, *Relación...*, p. 400.

⁸ F. Hernández, *op. cit.*, p. 114-115.

⁹ Este limo se denomina en náhuatl *tecuillatl*, que significa literalmente excremento de las piedras. Parece corresponder al alga spirulina. Para su elaboración *cf.* Motolinía, *Memoriales*, cap. XXII.

Vendían, por supuesto, maíz en todas sus formas: cocido, crudo y en mazorca, así como habas, frijoles (figura 2) y legumbres, chiles. Las frutas que se trajeron del Viejo Mundo comenzaron a reproducirse con facilidad. Se nombran las cerezas y ciruelas, granadas, duraznos y membrillos, peras y manzanas, y gran abundancia de higos. Había también miel de abejas, cera y “miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y éstas maguey, que es muy mejor que arrope, y destas plantas hacen azúcar y vino, y asimismo venden.”¹⁰ El clima templado, que favorece buenas cosechas el año entero, no escapa a las observaciones de Motolinía:

Acuérdome haber oído muchas veces en España que el que planta o pone la palma no goza del fruto. Si en otras partes es regla general, en esta tierra de *Anáhuac* por experiencia parece lo contrario, porque yo mesmo planté dos hucesitos de dátiles en Quauhnahuac [Cuernavaca], que es una de las principales villas del marquesado, en el año de mil y quinientos y treinta y uno, y no ha muchos días que estando yo aquí en Tezcucó en este año de mil y quinientos y cuarenta y uno, como a plantador, para que diese gracias a Dios, me trajeron sus flores muy hermosas que habían despedido las palmas [...] Cuando estas palmas yo planté, pasaba de mis cuarenta años, y espero en el Señor ver la fruta [...].¹¹

Cortés, al describir los hilados de algodón (figura 3) menciona que los hay “[...] de todos los colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad”.¹² Hay un sitio destinado para los vestidos de los hombres y de las mujeres, y otro para el calzado, realizado con pieles curtidas, especialmente de ciervos, y adornos para la cabeza hechos de cabellos, que usaban las mujeres indígenas. De algodón se hacen cobertores, tapetes, manteles, servilletas; hay ropa también de henequén, así como lienzos tejidos de hojas.

El mercado proveía a los pintores de los más diversos colores, “de cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser.”¹³ Hernández se pregunta: “Qué diré de las varias diferencias de pigmentos desconocidos para los nuestros que se fabrican de flores, frutos, raíces, hojas, cortezas, piedra, madera y de otras que no podrían sin fastidio enumerarse con exactitud?”¹⁴ Por su parte, el aceite de chía se utilizaba para preservar las esculturas de los dioses que estaban al aire libre.

No nos han quedado, por desgracia, testimonios gráficos de mercados en el siglo XVI. Sin embargo, muchos de los objetos presentes en el

¹⁰ Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 100.

¹¹ Motolinía, *op. cit.*

¹² Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 100.

¹³ *Idem.*

¹⁴ F. Hernández, *op. cit.*, p. 115.

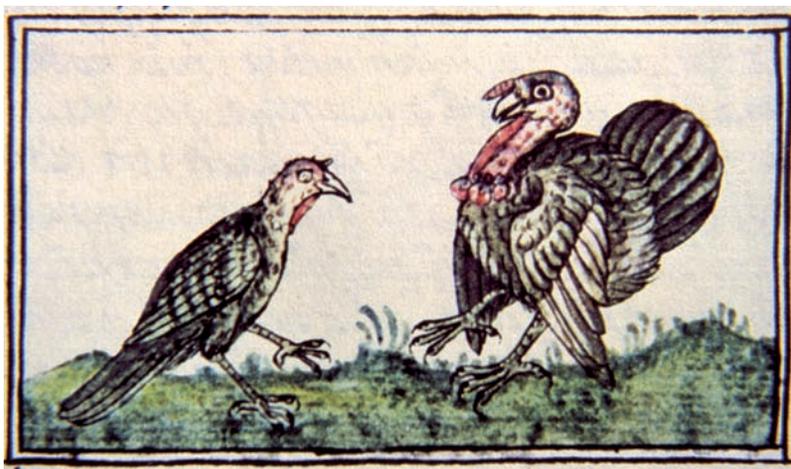


Figura 1. *Guajolote*. *Códice Florentino*. Libro XI, f. 57.

Tomado de: *Códice Florentino*. Manuscrito 220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana. Edición facsimilar, México, Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, 1979, v. III



Figura 2. *Vendedora de frijoles*. *Códice Florentino*. Libro X, f. 48.

Tomado de: *Códice Florentino*. Manuscrito 220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana. Edición facsimilar, México, Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, 1979, v. III

mercado fueron representados en los códices, especialmente en el *Florentino*, en donde fray Bernardino de Sahagún se esmeró en dejar testimonio de todas las novedades que ofrecían los nuevos territorios (figura 4). La única referencia a una obra pictórica sobre un mercado es la noticia que aparece en las Actas de Cabildo de Tlaxcala, sobre la obra que debía ilustrar las Casas del Cabildo. Así aparece en el Cuadro 5 de las *Relaciones Geográficas de Tlaxcala*, cuando un franciscano predica el Evangelio en el centro de la plaza.

Los mercados del virreinato

En las primeras décadas posteriores a la conquista no hubo ningún cambio en los mercados de la ciudad. Los de Tenochtitlan y Tlatelolco continuaron siendo manejados por un juez indígena. El primero fundado por españoles fue el de San Hipólito; este mercado funcionaba miércoles y jueves y estaba localizado en la zona comprendida entre las iglesias de San Hipólito y San Diego. Como ya se ha dicho, la temporalidad de los mercados indígenas de la época prehispánica (cada cinco días), poco a poco fue ajustándose al calendario cristiano y cambió a intervalos semanales, menos en las comunidades más pequeñas en las que se conservó la antigua costumbre por más tiempo. El material predominante en los puestos de los nuevos mercados fue la madera en el mejor de los casos, pero otros materiales comunes fueron el tejamanil, el petate, las mantas y otros similares.

El mercado de El Volador estaba situado en la plaza del mismo nombre, donde hoy se localiza el edificio de la Suprema Corte de la Nación (Pino Suárez y Venustiano Carranza). En las entradas de virreyes o en las solemnidades de la coronación de los reyes, allí se instalaba la plaza de toros, y había sido, desde siempre, un mercado de frutas y legumbres. Sin embargo, a fines del siglo XVIII, para despejar la Plaza Mayor, fue construido en ese lugar, por el conde de Revillagigedo, un edificio de madera, a base de cajones de anverso y reverso y en el interior con varios tinglados también de madera (permitiendo también la colocación de “sombras” para la vendimia). Quedó concluido y fue inaugurado el 20 de enero de 1792.

Se convirtió entonces en el mercado principal de la ciudad. De acuerdo con el reglamento para su funcionamiento, dictado por el virrey el 11 de noviembre de 1791, se debía disponer de la siguiente forma: los cajones cerrados, del 1 al 24, servirían para mantas, rebozos, cintas, sombreros, algodón y otros efectos semejantes; del 25 al 48 habría dulces, fruta seca, bizcochos, quesos y mantequillas; del 49 al 72, fierro, cobre, herraje y mercería de nuevo y de viejo, excepto llaves y armas prohibidas; del 73 al 96, especias, semillas y otras cosas de esta naturaleza de los puestos fijos; del 97 al 144, verduras, frutas y flores; del 145 al 168, carnes, aves vivas y



Figura 3. Hilandera. *Códice Florentino*. Libro X, f. 130.
Tomado de: *Códice Florentino*. Manuscrito 220 de la Colección Palatina
de la Biblioteca Medicea Laurenziana. Edición facsimilar, México,
Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, 1979, v. III



Figura 4. Mercado de oro, piedras preciosas y pluma rica. *Códice Florentino*.
Libro IX, sumario. Tomado de: *Códice Florentino*. Manuscrito 219 de la
Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana. Edición facsimilar,
México, Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación

muertas, pescado fresco y salado, y aguas compuestas como la chía y otras; del 169 al 192, loza, petates y jarcia.

Los tinglados eran puestos movibles y servían para todo tipo de vendimias y comestibles. Por último, del 194 al 205 y del 292 al 303, eran para maíz introducido por los indios. Las casillas de los extremos de los tinglados estaban destinadas para barberos y en las que quedaran vacías podrían vender ropa hecha, nueva y vieja. Estaban prohibidos los figones, así como prender fuego. En la noche del 9 de octubre de 1793 el mercado sufrió un incendio que redujo a cenizas uno de sus frentes.¹⁵

Otra parte fue colocada frente a la Universidad. Cuando ocupaba el espacio en la Plaza, frente a la Diputación, Orozco y Berra lo describe formado por: “cajones de madera para vendimias y puestos de petates con figones, los cuales invadían también los patios del Palacio, hasta que de ellos fueron arrojados como a principios del siglo pasado (se refiere al siglo XIX). Cuando se destruyeron los cajones de la plaza y ésta quedó despejada por orden del conde de Revillagigedo, se formó el mercado de madera frente de la Universidad, que fue tan conocido, siendo casi el primero y digno de la ciudad”.¹⁶

El motín de 1692

Un acontecimiento determinante para el cambio en la fisonomía de la Plaza Mayor sucedió en junio de 1692, a causa del levantamiento popular contra el conde de Galve, durante el cual fueron quemados 280 cajones como eran denominados los puestos del mercado. El incendio de los cajones y de algunas casas de cuyos ingresos se beneficiaba el Ayuntamiento, obligaron a éste a solicitar ayuda económica al rey Carlos II, quien respondió con la siguiente Cédula, fechada en Madrid el 30 de enero de 1694:

Considerando que si los cajones que servían de guarda y custodia, se volviesen a reedificar de madera, no se libertaba el riesgo de los incendios, ni la contingencia de cualquier tumulto, y teniéndose presente que en la plazuela que con ellos se componía, es donde asisten todos los vagabundos, que llaman El Baratillo, por cuya concurrencia se aumenta el riesgo, he resuelto y tenido por conveniente ordenaros y mandaros (como lo hago), que luego que recibais este despacho, dispongais se haga delineación de una plaza regular en el mismo paraje, por tenerse noticia de haber bastante ámbito para ello y para el cuerpo de unas casas moderadas, cuyos sitios se regulen con igualdad, así en lo ancho y largo, como en la elevación de forma que todas sean de una medida y de fábrica de piedra,

¹⁵ Manuel Orozco y Berra, *Historia de la ciudad de México desde su fundación hasta 1854*. Segunda parte, cap. 8. Mercados, p. 124-125.

¹⁶ *Ibid.*, p. 122.

y que estos sitios se vendan a censo enfiteúutico a favor de la ciudad, con la calidad de fabricarlos de piedra dentro de uno o dos años, sin que pueda exceder una casa de otra en las medidas para la hermosura, dándoles las calles convenientes y el mayor precio a las que hicieren esquina, por tener éstas mayor estimación por la facilidad de venderse más en ellas y que sean capaces de poderlas habitar una moderada familia, por cuyo medio se evitaría el riesgo del incendio y con el mayor número de mercaderes se refrenarán los excesos de los que en esta ciudad llaman zaramullos de baratillo y quedará la plaza más hermosa, asegurada y fija la venta, y se excusará el gasto de los guardas y la incomodidad de tener otras casas donde habitar y dormir, dejando los caudales espuestos a las contingencias expresadas [...].¹⁷

Así se aceptó la realización de una construcción que sería llamada El Parián. Con algunas modificaciones a los deseos del Rey, fueron aprobados dos planos del regidor y obrero mayor, capitán don Pedro Ximénez de los Cobos. Su construcción comenzó el 8 de agosto de 1695 (el mismo año que la pintura del Villalpando ya lo daba por terminado), y a fines de 1696 se habían concluido dos aceras, la que daba al Portal de Mercaderes y la que miraba hacia la Catedral. El edificio quedó finalmente concluido el 19 de abril de 1703.

Se le puso el nombre de Parián en recuerdo del barrio de Manila destinado a la venta de productos llegados de Europa (en lengua tagala, *Parián* significa mercado). El edificio era cuadrado con cuatro filas de cajones ligadas en los extremos por dos corredores porticados, de oriente a poniente. La construcción fue hecha de mampostería y tepetate,¹⁸ las puertas eran de cedro y oyamel (en el cuadro de Villalpando aparecen adornadas con chapetones). Las cornisas y arcos exteriores eran de piedra labrada y, de nuevo según la pintura, sobre la puerta principal había una hornacina con una imagen de la Purísima.

En los cajones del Parián se establecieron los tratantes de Filipinas que sin duda eran los comerciantes más acaudalados de la capital. Muy pronto el Parián se convirtió en el centro de comercio de la Nueva España. Las mercancías que allí se vendían eran tanto de Europa como de China. Había “loza, pedrería, argentería, pasamanería [...], el centro se compone de ropas hechas, y de todo género de utensilios nuevos para todo género y calidad de personas”.¹⁹

La gran zona comprendida entre el Parián y el Palacio estaba ocupada por los puestos de alimentos, formando un gran tianguis multitudinario en el que se vendían frutas, legumbres y todo tipo de antojitos. Más cerca

¹⁷ Citado por Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, p. 109-110.

¹⁸ El tepetate es un aglomerado semejante al tezontle; es una arena sacada directamente de la tierra.

¹⁹ Juan de Vieira, *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*, p. 34.

de la Catedral se concentraban los puestos de loza: ollas, cazuelas y botellones. El área de la fuente estaba rodeada de puestos —las mujeres con su parasol— de pescados y huevos y los típicos aguadores con sus ollas a la espalda. Según Clavijero concurrían al mercado: “los olleros y los joyeros de Cholollan, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Tezcoco, los canteros de Tenalocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuitlahuac, los fruteros de los países calientes, los artífices de esteras y asientos de Quauhtitlán, y los cultivadores de flores de Xochimilco”.²⁰

El fin del Parián comenzó a gestarse a raíz del terrible saqueo de la noche del 4 de diciembre de 1808, por parte de los defensores del virrey Iturrigaray y contra los realistas, relacionados abiertamente con los comerciantes peninsulares que ahí vendían su mercancía. Después del saqueo el deterioro del Parián continuó hasta el año de 1843 en que, por orden del general Antonio López de Santa Anna, fue demolido con el objeto de embellecer la Plaza Mayor y levantar en ella un monumento a la Independencia.

Entonces fueron muy pocos los que se opusieron a su destrucción pues se había convertido en un centro de suciedad y desorden en el centro mismo de la gran ciudad de México. De ello dan constancia una serie de artículos publicados por los periódicos *El Siglo XIX* y *El Correo Francés*, en julio de ese año de 1843. El paisaje urbano fue transformándose, no sólo en México sino en todas las plazas americanas a partir de su independencia y la consolidación de sus nuevos estados nacionales. Las Plazas se van dotando de nuevos contenidos simbólicos, con obeliscos y columnas que celebran a los nuevos héroes, y el ancestral carácter comercial de ese espacio es desplazado a la periferia para construir jardines y paseos, de acuerdo con el gusto francés de la época.

Las pinturas del Parián

La Plaza Mayor de México, de Cristóbal de Villalpando

Fue pintada en 1695. En esta obra aparece el Palacio Virreinal en plena reconstrucción, a cargo del maestro de arquitectura Felipe de Roa, después de su destrucción ocurrida con motivo del motín de 1692, descrito por don Carlos de Sigüenza y Góngora, durante la época del virrey don Gaspar de la Cerda, Silva y Mendoza, conde de Galve, quien ocupó su cargo de 1688 a 1696. Es él quien aparece en la carroza del ángulo inferior izquierdo, y es él también quien mandó pintar el cuadro.

²⁰ Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de Méjico*, libro VII, p. 171-172.

Cuando el virrey conde de Galve regresó a España, en 1696, se llevó la pintura consigo, como un testimonio de lo que había hecho: la reconstrucción del Palacio y la edificación del Parián (figura 5). El conde de Galve murió en el Puerto de Santa María el 12 de marzo de 1697 y fueron sus herederos quienes más tarde, en 1713, lo vendieron a sir Paul Methuen, embajador de Gran Bretaña ante la Corte de Madrid y la de Lisboa y ahí se quedó por muchos años. Ahora pertenece a la colección de Lord Methuen-Campbell. En el cuadro aparece ya terminado el Parián, lo cual no concuerda con la fecha de la pintura, por lo que se trató seguramente de una licencia de Villalpando para agradecer al virrey que había iniciado la obra, en 1695. Sería concluido hasta 1703.

En el interior del Parián aparecen dos filas de puestos provisionales alrededor de una fuente. De la Maza lo describe así: “En la primera fila de cajones se vende cera, por lo que se miran colgando las gruesas y delgadas candelas [...]. La segunda fila es más variada: comienza con ropa, sigue con carnititas, continúa con guitarras –dos galanes templan y afinan dos de ellas antes de comprarlas– prosigue con ropa y acaba en antojitos.”²¹ De la Maza contó en ella 1 283 personajes. Los indígenas están reunidos en la vieja acequia del sur, llena de canoas. El tianguis rodea también la fuente ochavada; allí las indias venden granos, verduras, huevos, gallinas, ranas y patos. Hay aguadores con grandes ollas.

Villalpando fijó su caballete en la azotea del portal de los mercaderes, mirando al Oriente. Al fondo se ven los volcanes nevados y el Palacio; a su izquierda la Catedral y a su derecha el Ayuntamiento. Tres años después del tumulto, la sede del poder virreinal se estaba reconstruyendo y ya se advertían los arcos del llamado patio de honor.

Vista de la Plaza Mayor de México en Nochebuena, de Arellano

Otra pintura, fechada en 1720 y firmada por un miembro de la familia de los Arellano (activa en Nueva España entre 1690 y 1730), representa una vista nocturna de la gran plaza. En ella los diversos cajones de la plaza, así como el Parián, están iluminados por velas y farolillos que cuelgan de sus techos, decorados especialmente para la festividad (figura 6). La obra ha conservado su inscripción por lo que es posible identificar las principales edificaciones, sus puentes, como el de los flamencos o el del portal de las flores, la Catedral y los palacios, real y episcopal y el seminario, así como sus cruces: la de los Talabarteros y la de la Catedral. El óleo fue subastado en Sotheby's en 1993 y ahora se encuentra en una colección particular mexicana.

²¹ Francisco de la Maza, *El pintor Cristóbal de Villalpando*, p. 167.

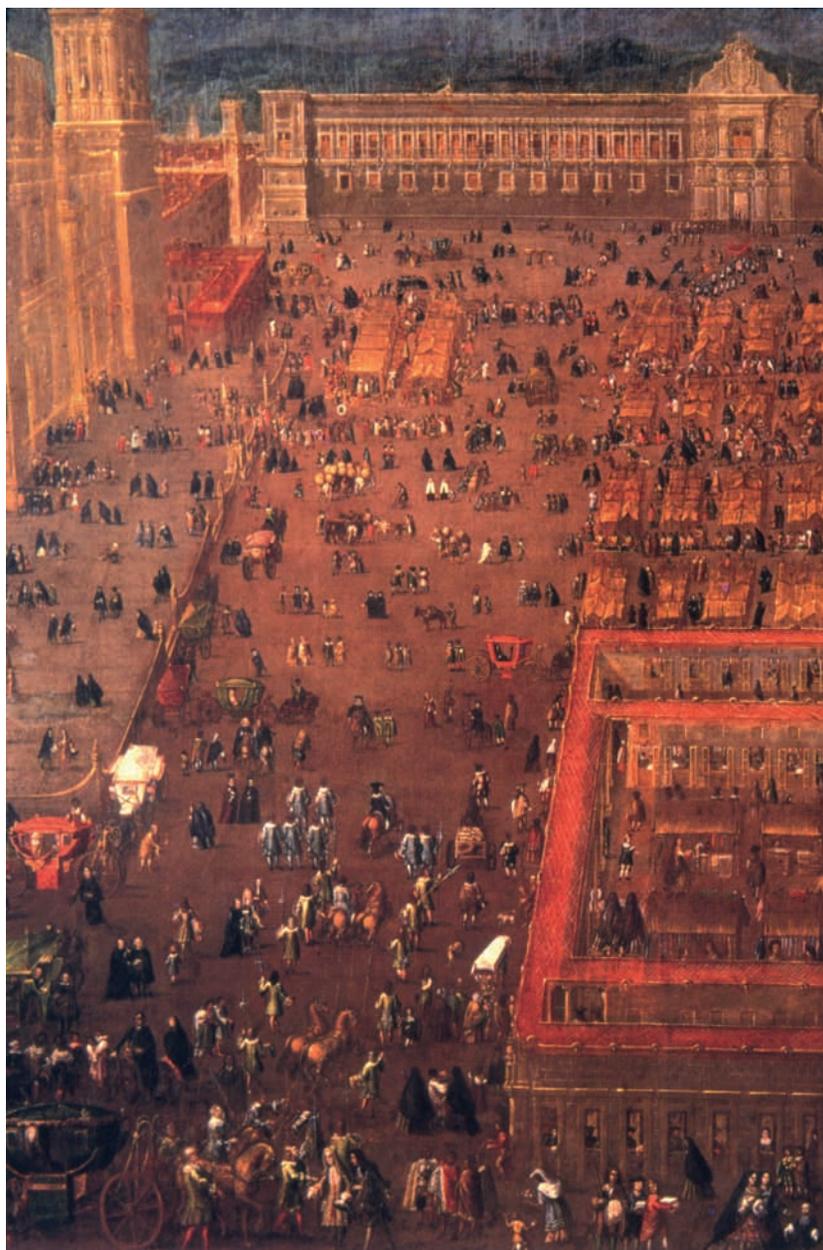


Figura 5. Cristóbal de Villalpando, *La Plaza Mayor de México*, 1695 (detalle).
Óleo sobre tela. Col. Lord Methuen-Campbell, Corsham Court, Inglaterra.
Tomado de: Richard L. Kagan y Fernando Marías, *Imágenes urbanas del mundo hispánico, 1493-1780*, Madrid, Ediciones El Viso, 1998, p. 255



Figura 6. Arellano, *Celebración de Nochebuena en México*, 1720 (detalle). Óleo sobre tela. Col. Particular, México. Tomado de: *Catálogo de Sotheby's*, Nueva York, mayo 18-19, 1993, obra núm. 8, s/p

La Plaza Mayor de México, de Juan Antonio Prado

Esta pintura reúne en sí misma una conjunción entre la vida privada y un suceso excepcional. Se trata de una obra señalada generalmente como anónima, pero que ha sido atribuida a Juan Antonio Prado por Markus Burke, y fechada hacia mediados del siglo XVIII.²² El óleo (figura 7) fue adquirido en Londres en la época del porfiriato por un coleccionista mexicano, quien lo vendió después a Ramón Alcázar, cuya colección se integró a la del Museo Nacional de Historia, con un periodo intermedio en la colección Corcuera e incluso expuesto en el bar del hotel Ritz.²³

La pintura ha sido mutilada en su parte inferior, donde seguramente se hacía referencia a las diversas escenas señaladas en ella, algo común en obras de este tipo. La Plaza Mayor se muestra tal como se encontraba antes de ser transformada por el segundo conde de Revillagigedo en 1789, cuando se niveló y adoquinó el espacio con la dirección del arquitecto

²² Markus Burke, *Pintura y escultura en Nueva España. El Barroco*, p. 174.

²³ Agradezco este dato a la maestra Elena Estrada de Gerlero.



Figura 7. Juan Antonio Prado (atrib.), *La Plaza Mayor de México*, 1767. Óleo sobre tela, Col. Museo Nacional de Historia, INAH. Tomado de: Marcus Burke, *Pintura y escultura en Nueva España. El Barroco*, México, Grupo Azabache, 1992, p. 172

Ignacio de Castera, y la vista está tomada desde la azotea del Palacio Virreinal, del cual sólo aparecen las almenas. A su derecha se representa la fachada de la Catedral (a diferencia del lienzo de Villalpando que situaba al espectador en las casas del costado poniente) y la acequia delimita el lado izquierdo.

Dentro del bullicio de la plaza destaca una escena que se refiere al recorrido que realizaba el virrey desde su Palacio hasta la Catedral. Allí escuchaba misa un día después de recibir correo de España y así agradecía la salud del monarca español. La pintura fue estudiada en 1946 por Manuel Romero de Terreros, quien descubrió en ella un paralelismo con la crónica de Juan Manuel de San Vicente, *Exacta descripción de la magnífica corte mexicana*.²⁴ Sin embargo, algunos investigadores, como la maestra Elena Estrada de Gerlero, han puesto en duda de que se trate del virrey

²⁴ Manuel Romero de Terreros, *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*, p. 3-4.

marqués de Croix, quien es el protagonista de la crónica, sino que se trata más bien del virrey don Agustín Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas, que gobernó Nueva España entre 1755 y 1760, lo que haría corresponder la fecha dada a la pintura de mediados del siglo. La crónica de San Vicente hace una fidedigna descripción del mercado que corresponde a lo que presenta la pintura:

[...]se hallan vajillas de todos los precios y inferiores metales; alhajas usuales para todos fines; pedrería costosísima y ordinaria de todos minerales; instrumentos para el uso de todos los artes liberales y mecánicos; vestidos hechos, nuevos, viejos, exquisitos y ordinarios para toda clase de personas de ambos sexos; ajuares como se apetezcan, respecto del valor, para muchas casas que sólo aquí pueden en un día aderezarse; jaeces para innumerables caballos, ya en el todo o ya divididos en partes; comidas a todas horas con la mayor utilidad para personas de limitadas facultades; diversos géneros de dulces y refrescos; lozas y cristales para los varios fines que se fabrican; pinturas y esculturas, así de imágenes como de las famosas historias y fábulas; armas de todos géneros, ofensivas y defensivas; libros de muchos idiomas, artes y ciencias; instrumentos de cuerda y viento de todas invenciones; figuras y juguetes infinitos para niños; pájaros para la diversión, de los más exquisitos y canoros; pescados frescos y secos de América y Europa; animales domésticos vivos, así útiles como de recreo; aves y animales comestibles de cuantas produce el reino; yerbas medicinales y odoríferas para la salud y gusto; hortalizas de todas calidades; flores de las innumerables que se crían en los circunvecinos jardines y campos que son fertilísimos y abundantes en todas las estaciones del año; y, últimamente, tantas frutas y de tantas calidades, para comprobar lo expresado y conocer la amenidad de este segundo paraíso terrenal.

En la pintura el Parián se muestra desbordado, con los cajones de mercaderías invadiendo toda la Plaza. Están reunidos allí todos los productos que abastecían la ciudad de alimentos, bebidas y manufacturas, los cuales llegaban de las más diversas procedencias, por tierra o por agua, aquí concretamente por las acequias. En la Plaza se vendían todo tipo de productos: lo que llegaba de España, desde Veracruz, los cargamentos orientales del galeón de Manila, que llegaban a Acapulco, y todo lo que enviaban las diversas ciudades del virreinato.

Entre los cajones exteriores están la horca y la picota, y enfrente la pila, realizada en 1713, por Pedro de Arrieta,²⁵ en forma ochavada. Según la describe Francisco Sedano: “Tenía dos tazas de bronce, una de cuatro varas de diámetro y la otra, más arriba, de dos varas y media, y sobre ella

²⁵ Según él mismo lo anota en el *Memorial* que envió al virrey en 1720 al solicitar el puesto de maestro mayor de la Catedral. Cfr. Heinrich Berlin, “Artífices de la catedral de México”, p. 33.

un águila del mismo metal, de una vara de alto, y a su espalda una cruz de hierro. Duró hasta 1791 que se desbarató para despejar la Plaza. Esta pila fue una muy grande inmundicia [...].²⁶ El otro monumento presente en la plaza novohispana es la columna levantada en 1747 en honor de Fernando VI, cuya figura la remataba con manto y corona imperial, cuando se proclamó. Estaba realizada en fierro dorado y fue removida en 1790; constituye otro elemento para fechar la pintura.

A la venta se encuentran multitud de objetos: en la parte exterior de la segunda hilera de tiendas se distinguen algunos muebles, un armario, un biombo, un cajonero; más cerca, se ven puestos de ropa y muy numerosos de calzado. Francisco Sedano, cronista de la Plaza hacia 1800, los describe: en ellos se vendía “ropa vieja, libros, armas de fuego y corte, sillas de montar, baúles, alhajas de ajuar de casa y otras varias cosas”.²⁷ Fuera del Parián los cajones de ropa ostentan prendas de vestir, camisas, medias, pañuelos, así como piezas enteras de género. Otros puestos son expendios de frenos, estribos (todavía de cruz como los de los conquistadores) y demás arcos para el caballo, así como chirimbolos de toda especie; y no menos de cuatro tinglados están ocupados por barberos, como lo prueban las bacías que allí cuelgan de las paredes. En las hileras inferiores de puestos predominan las vendimias de comida mexicana. Hay un amplio tinglado para vender pulque, alrededor de la pila de agua.

Plaza Mayor de la ciudad de México, de Juan Patricio Morlete Ruiz

Se trata de una pintura que es posible fechar entre 1769 y 1772 y que forma parte de una serie de representaciones de vistas, principalmente de puertos franceses, conservados en el Palacio de San Antón, en La Valeta, Malta. Las vistas francesas están copiadas de estampas realizadas por Cochín y Le Bas, inspiradas, a su vez, en un conjunto de lienzos de J. Vernet, según lo declaran las inscripciones situadas al pie de las imágenes. Existe también en el conjunto una vista de Florencia y una *Vista de la Plaza del Volador*, como si el artista quisiera equiparar las representaciones de plazas mexicanas con las europeas.²⁸

Este conjunto de pinturas que representan la edificación del Parián nos permiten conocer un espacio ahora inexistente y esa es sólo una parte de su valor. Falta estudiar estas obras con más profundidad para encontrar sus secretos, pero eso rebasa los límites de este ensayo. Por otra parte, conocemos algunas pinturas más que hacen referencia a puestos concretos

²⁶ Citado por M. Romero de Terreros, *op. cit.*, p. 10.

²⁷ *Ibid.*, p. 5.

²⁸ *Cfj.* Oscar Reyes Retana Márquez, “Las pinturas de Juan Patricio Morlete Ruiz en Malta”, p. 113-117.



Figura 8. Anónimo, *Puesto en el mercado*, 1766. Óleo sobre tela. Col. Museo Nacional de Historia, INAH. Tomado de: *Catálogo Pintura mexicana y española de los siglos XVI al XVIII*. México, Conaculta/ España, Sociedad Estatal 5º Centenario, Lunweg, 1991, s/p

del mercado, como el cuadro anónimo de 1766, que se encuentra en el Museo Nacional de Historia (figura 8), en su concepto ya muy cercano a los cuadros de castas, los cuales constituyen otra fuente de conocimiento de los mercados, pero como en una especie de *close-up* (figura 9).

En el año de 1843, el Parián fue demolido. “El domingo 23 de julio dejó el Ayuntamiento de tener la posesión del Parián, la cual duró 139 años, 10 meses, 4 días”. Así nos lo narra el autor de una serie de documentos sobre su historia:

El edificio fue ocupado por los encargados de su destrucción, e inmediatamente comenzó ésta, empleándose al efecto los presidiarios y más de 600 hombres libres. La noche del 31 de agosto quedaron por tierra todas las paredes del edificio y la mañana del 11 de septiembre, acabados de quitar los escombros, la plaza mayor fue ocupada por las tropas de la guarnición, para solemnizar el aniversario del 11 de septiembre de 1829, día de la victoria conseguida por las armas nacionales en Tampico.²⁹

²⁹ Ayuntamiento de México, *Colección de documentos*, p. XIV-XV.

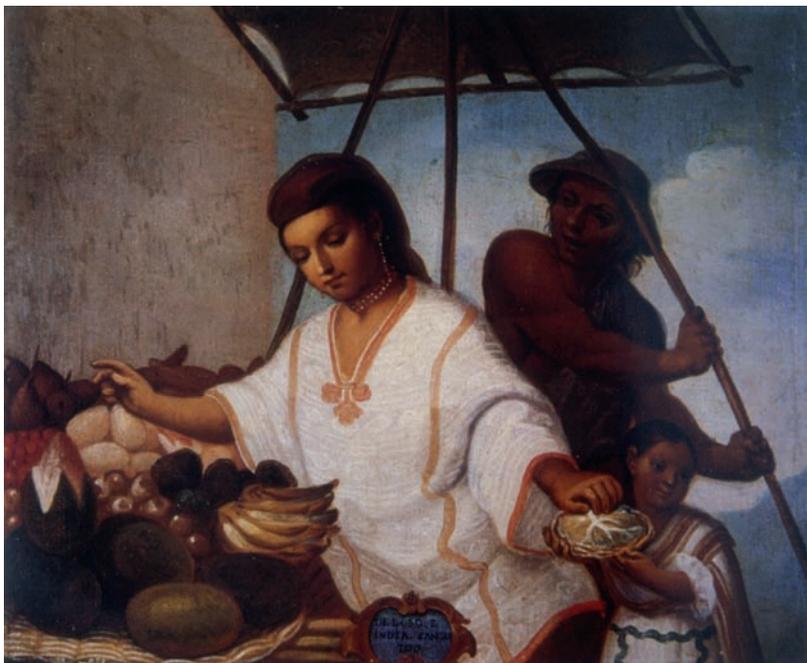


Figura 9. Miguel Cabrera, *Cuadro de castas. De lobo e india, Sambaloo*, siglo XVIII. Óleo sobre tela. Col. Museo Nacional de Historia, INAH. Tomado de: Marcus Burke, *Pintura y escultura en Nueva España. El Barroco*, México, Grupo Azabache, 1992, p. 170

Como decíamos antes, nadie lo defendió: “No es creíble que haya una sola persona de medianas luces, que deje de aprobar la orden dada por el supremo gobierno, para que desaparezca el edificio llamado Parián (de ominosa y funesta memoria) que es uno de los más notables lunares que afean a la capital de la república.”³⁰

BIBLIOGRAFÍA

ANGLERÍA, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo*, México, José Porrúa e hijos, succs., 1964-1965, 2 v.

AYUNTAMIENTO DE MÉXICO, *Colección de documentos relativos a la construcción y demolición del Parián y a la propiedad reconocida e incontestable que tuvo el escmo. Ayuntamiento de México en aquel edificio*. México, Impreso por Ignacio Cumplido, 1843.

³⁰ *Idem.*

- BERLIN, Heinrich, "Artífices de la Catedral de México", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, n. 11, 1944, p. 19-40.
- BROWN, Jonathan (director del proyecto), *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América, 1550-1700*, catálogo de la exposición del Museo de América, Madrid, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, noviembre, 1999-febrero, 2000, 441 p., ils.
- BURKE, Marcus, *Pintura y escultura en Nueva España. El Barroco*, México, Grupo Azabache, 1992, 196 pp., ils.
- CASTRO MORALES, Efraín, *El antiguo Palacio del Ayuntamiento de la Ciudad de México*, prólogo de Guillermo Tovar de Teresa, México, Gobierno de la Ciudad de México/Espejo de Obsidiana, 1998, 255 p., ils.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de Méjico*. México, Imprenta de Juan N. Navarro, editor, 1853, 439 p., ils.
- CONQUISTADOR ANÓNIMO, "Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temistitan México hecha por un gentilhombre del señor Fernando Cortés", en *Los Cronistas: conquista y colonia*, presentación y selección de Carlos Martínez Marín. México, Promexa, 1991, p. 383-402.
- CORTÉS, Hernán, "Cartas de relación de la conquista de México", en *Los Cronistas: conquista y colonia*, presentación y selección de Carlos Martínez Marín, México, Promexa, 1991, p. 37-221.
- CURIEL, Gustavo y Antonio RUBIAL, "Los espejos de lo propio: ritos públicos y usos privados en la pintura virreinal", en *Pintura y vida cotidiana en México, 1650-1950*, México, Fomento Cultural Banamex/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA), 1999, ils.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, bibliografía e índices Federico Gómez de Orozco, Guadalupe Pérez San Vicente y Carlos Sabau Bergamín, México, Fernández Editores, S. A., 1972, 730 p., ils.,
- DIÉGUEZ Armas, Roberto (presentación), *El comercio en la historia de México*, México, Banco Nacional del Pequeño Comercio (BANPECO), 1988, 138 p.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, editorial del Valle de México, 1974, 535 p.
- ESCALANTE GONZALBO, Pablo (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*, tomo I, dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru, México, El Colegio de México/FCE, 2004, 542 p., ils.
- FLORESCANO, Enrique, *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México, 1500-1821*, México, Ediciones Era, 1991, 158 p. (Colección Problemas de México).

- FREGOLENT, Alessandra, *Los vedutistas*, Milán, Electa, 2001, 143 p., ils (Colección Electa Bolsillo).
- GALERA MENDOZA, Esther y Rafael LÓPEZ GUZMÁN, *Arquitectura, mercado y ciudad: Granada a mediados del siglo XVI*, Granada, Universidad de Granada, 2003, 174 p., ils (Biblioteca de bolsillo).
- GARIBAY, Ángel María (editor), *Vida económica de Tenochtitlán. 1. Pochtecatoytl (arte de traficar)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1995, 183 p. (Fuentes indígenas de la cultura náhuatl. Informantes de Sahagún, 3).
- GONZALBO AIZPURU, Pilar (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. El siglo XVIII: entre tradición y cambio*, tomo III, dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru, México, El Colegio de México/FCE, 2005, 592 p., ils.
- GROSSO, Juan Carlos y Jorge SILVA RIQUER (comps.), *Mercados e historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, 318 p. (Antologías Universitarias).
- HARING, Clarence H., *Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*, México, FCE, 1979, 460 p.
- HERNÁNDEZ, Francisco, *Antigüedades de la Nueva España*, edición de Ascensión H. de León Portilla, Madrid, Historia 16, 1986, cap. XXVII.
- ITURRIAGA DE LA FUENTE, José R., *Mercados de México*, México, Corporación Industrial San Luís/Editorial Jilguero, 1990, 129 p., ils.
- KAGAN, Richard L. y Fernando MARÍAS, *Imágenes urbanas en el mundo hispánico, 1493-1780*, Madrid, Ediciones El Viso, 1998, 347 p., ils.
- KATZEW, Iona, *La pintura de castas. Representaciones raciales en el México del siglo XVIII*, Madrid, Turner, 2004, 239 p., ils.
- LONG, Janet (coord.), *Conquista y comida. Consecuencias del encuentro de dos mundos*, México, IIE-UNAM, 2003, 539 p., ils.
- LÓPEZ ROSADO, Diego G., *Los mercados de la ciudad de México*, México, Secretaría de Comercio, 1982, 480 p.
- MARROQUI, José María, *La ciudad de México* [edición facsimilar], México, Jesús Medina editor, tomo III, 1969, 754 p., ils.
- MAZA, Francisco de la, *El pintor Cristóbal de Villalpando*, México, INAH, 1964 (Memorias, IX), 252 p., ils.
- MIJARES, Ivonne, *Mestizaje alimentario. El abasto en la ciudad de México en el siglo XVI*, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 1993, 180 p. (Colección Seminarios).
- MOTOLINÍA [Fray Toribio de Benavente], "Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España o de los naturales de ella", en *Los Cronistas: conquista*

- y *colonia*, presentación y selección de Carlos Martínez Marín, México, Promexa, 1991, p. 647-737.
- OLVERA RAMOS, Jorge, *Los mercados de la plaza mayor de la ciudad de México (1530-1745)*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2001 (Tesis de licenciatura inédita).
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia de la ciudad de México, desde su fundación hasta 1854*, selección de artículos de... [1854], México, SepSetentas, n. 112, 189 p., ils.
- REYES RETANA MÁRQUEZ, Óscar, “Las pinturas de Juan Patricio Morlete Ruiz en Malta”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 68. México, IIE-UNAM, 1996, p. 113-117, ils.
- RIVERA CAMBAS, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, tomo II, México, Imprenta de la Reforma, 1882 [Edición facsimilar], 534 p., ils.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel, *La Plaza Mayor de la ciudad de México en el siglo XVIII*, México, IIE - UNAM, 1946.
- RUBIAL GARCÍA, Antonio, *La plaza, el palacio y el convento*, México, CNCA, 1998, 168 p. (Sello Bermejo).
- , *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de Sor Juana*, México, Taurus, 2005, 279 p., ils.
- (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca*, tomo II, dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru, México, El Colegio de México/FCE, 2005, 611 p., ils.
- RUIZ GUTIÉRREZ, Ana, *El tráfico artístico entre España y Filipinas (1565-1815)*, Granada, Universidad de Granada, 2005 (CD-Rom).
- SEDANO, Francisco, *Noticias de México. Crónicas del siglo XVI al XVIII*, México, Colección Metropolitana, 1974, tomos I y II, 129 p. y 144 p., ils.
- SILVA RIQUER, Jorge y Jesús LÓPEZ MARTÍNEZ (coords.), *Mercado interno en México. Siglos XVIII-XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ El Colegio de Michoacán/ El Colegio de México/IIH-UNAM, 1998, 226 p.
- SILVA RIQUER, Jorge, Juan Carlos GROSSO, y Carmen YUSTE (comps.), *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ IHH, UNAM, 1995, 561 p.
- SOLANA, Rafael (presentación), *Reglamento para los mercados de México*, edición facsimilar de la impresión hecha en 1791 por don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, México, Bibliófilos Mexicanos, A. C., 1976, 10 p.
- SUÁREZ MOLINA, María Teresa, “La Plaza Mayor de México”, en el catálogo de la exposición *Los pinceles de la Historia. De la patria criolla a la nación*

mexicana (1750-1860), México, Museo Nacional de Arte/ Banamex/ IIE-UNAM, noviembre 2000-marzo 2001, p. 104-113.

TIBÓN, Gutierre, *Primicias de México y sus dádivas al mundo*, México, Miguel Ángel Porrúa editor, 1995, 90 p., ils.

VELÁZQUEZ, María de la Luz, *Evolución de los mercados en la ciudad de México hasta 1850*, México, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1997, 139 p., ils.

VIEIRA, Juan de, *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*, México, Instituto José María Luis Mora, 1992.

VILLASEÑOR BÁEZ, Luis Francisco, *La arquitectura del comercio en la ciudad de México. Disposición e historia*, México, Cámara Nacional de Comercio de la Ciudad de México, 1982, 141 p., ils.

YOMA MEDINA, María Rebeca y Luis Alberto MARTOS LÓPEZ, *Dos mercados en la historia de la ciudad de México: El Volador y La Merced*, México, Departamento del Distrito Federal (DDF)/INAH, 1990, 253 pp., ils. (Colección Divulgación).

YUSTE LÓPEZ, Carmen (selección de documentos e introducción), *Comerciantes mexicanos en el siglo XVIII*, México, UNAM, 1991, 265 p.

_____ (coord.), *Comercio marítimo colonial. Nuevas interpretaciones y últimas fuentes*, México, INAH, 1997, 202 p. (Serie Historia).

